

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montulla y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 28 de Junio.

El Eco de Cartagena

Cartagena
à la luz de la tradicion
y de la historia.

(Continuacion.)

SAN FULGENCIO

En todas las grandes causas donde la individualidad corre como agente en los sucesos, y en las cuales el criterio público es llamado à juzgar, una de las primeras cosas que pide nuestra curiosidad es el conocimiento del sujeto, su nacimiento, su calidad, las circunstancias de su vida, todo lo que podemos llamar como la inquisitiva que debe servir de base al cuerpo del proceso. Esto sentado es de inferir que los que siguen el curso de la controversia que venimos sosteniendo, estén poseidos de ese mismo espíritu investigador en orden à nuestro San Fulgencio; vamos pues à satisfacerlo con algunos ligeros apuntes, con lo cual daremos digno remate à la vindicacion de una de nuestras mas hermosas creencias, para nosotros de la misma verdad nacida, siempre fresca en los corazones de los que aqui nacimos: floridas siempre en la manifestacion del sentimiento externo ¡San Fulgencio, nuestro compatriota, nuestro prelado, nuestro patrono: tall es la aclamacion universal entre los hijos de Cartagena. Asi la aprendimos en el regazo materno, siendo para nosotros motivo de consuelo aqui en la tierra y tiernísima esperanza para el cielo.

No podemos fijar con certeza el año de su nacimiento; pero parece lo mas probable fue, como ya tenemos indicado, por los de seiscientos cuarenta, en el mismo palacio, pequeño y modesto en su forma, pero grande en la fama y en la veneracion universal, que aun para gloria nuestra se conserva en sitio prominente del monte Cherroneziso y cerca del antiquísimo castillo atalaya y

defensa en remotos tiempos de esta aun mas antiquísima ciudad; y el mismo tambien en que nacieron sus esclarecidos hermanos Leandro, Teodosia, Florentina é Isidoro.

Fueron sus padres Severiano, duque y señor de Cartagena (1) y Turtura ó Teodora. Sus abuelos por la linea paterna Teodórico Amalo rey de los ostrogodos y Santina dama Teledana de sangre nobilísima y Real; por la materna se ignoran: los historiadores solo dicen que Turtura descendia tambien de régia prosapia.

Hay sus dudas sobre si vino al mundo antes ó despues que Florentina, y si esta fué ó no anterior à Teodosia; pero en la linea masculina es sabido siguió à Leandro, siendo este el primero de todos los hermanos el último Isidoro.

Desde sus mas tiernos años dió à conocer nuestro Fulgencio estaba dotado de una alma privilegiada embellecida con riquísimos dones de naturaleza y gracia; lo apacible de su carácter, bondadosas inclinaciones, entendimiento claro y viva penetracion hacian mirarle como escogido arbusto plantado en el Paraiso de la iglesia para ser árbol gigante destinado à producir admirabilísimos frutos de santidad.

Tan felices disposiciones ayudaron en gran manera à los progresos de su educacion que estuvo basada en el sólido principio del santo temor de Dios, cualera de esperar de la cristiana religiosidad de sus padres. Al calor de estas piadosas doctrinas comenzaron à desarrollarse en aquel entendimiento anticipado una decidida vocacion por el estado eclesiástico que cultivaba con la lectura de libros devotos y con sus frecuentes visitas à los templos.

Terminada su instruccion en las

(1) La dignidad de Duque entre los godos era la mayor despues de la Real: Tenian los duques voto en las elecciones de los Reyes y eran tambien sus consejeros. Asistian à los concilios, y en el gobierno de las provincias eran como los vireyes ó lugartenientes con suprema autoridad, asi en lo político como en lo militar, à diferencia de la de los Condes que solo se extendia à las ciudades.

primeras letras le pusieron al estudio de la latinidad que cursó con grande aprovechamiento, emprendiendo seguidamente el de la filosofia. Con grande afan avanzaba Fulgencio en el camino de su ilustracion cuando un suceso inesperado que vino à turbar dolorosamente la paz de su casa le obligó à dar de mano en los estudios.

La rebelion de Atanagildo contra Agila y la cesion que hizo de Cartagena à los romanos à cambio de sus auxilios en la usurpacion del trono de los godos, fué como un decreto de proscripcion para a parte mas noble de este linaje que poblaba esta region. La mayor parte de sus cives abandonaroula precipitadamente para ir à buscar bajo el desmembrado cetro de Atanagildo la paz y quietud que nunca hubieran podido gozar entre los imperiales, sus enemigos por religion y por raza.

Nuestro Fulgencio que acababa de trasponer los umbrales de la adolescencia siguió à sus padres y hermanos en aquella peregrinacion, (1) dirigiéndose hacia la Bética, en cuya capital, Sevilla parece fijaron su residencia. Allí vivió à reanudar sus estudios bajo el magisterio de Eterio obispo de Baza y tales fueron sus adelantos que en pocos años se halló varon consumado en las sagradas letras, con admirable inteligencia de los misterios de nuestra religion y muy versado en las lenguas latina, griega, hebrea, siríaca y arábica.

Su profundidad en la ciencia de Dios encendióle mas en el deseo de abrazar el estado religioso en su esfera mas humilde. Acaso el rudo golpe de la fortuna que le hizo cambiar el regalo y grandezas del solariego hogar y las dulzuras de la patria por las amarguras del destierro, fuera no poco para acabar de determinarle à abandonar el siglo y pedir à su hermano Leandro le diese el hábito en el mismo Monasterio donde el habia tomado el; suyo pero Leandro que tan elevado concepto tenia formado de la ciencia y virtudes de su jóven

[1] Asi llamaba la duquesa Turtura à su destierro.

hermano, no quiso que aquella mística antorcha consumiera el fuego de su actividad en el fanal de una celda; antes al contrario: la España se hallaba envuelta en las tinieblas del arrianismo, necesitábanse luces superiores de inteligencia que llevarsen sus resplandores à los entendimientos obcecados, y de aqui que aconsejase à Fulgencio entrara en el estado clerical donde podia ser mas útil al servicio de Dios.

Obediente Fulgencio à los preceptos de Leandro que, desde la muerte de sus padres venia ejerciendo la paterna autoridad sobre sus demás hermanos, tomó asignacion en la santa Iglesia de Sevilla. Allí la Providencia ofrecióle palenque donde ensayar sus primeros bríos para luchar con la heregia, cuyo veneno habia infiltrado hasta el trono, y generoso atleta dedicóse desde luego à la conversion de los sectarios ya privadamente ya con pláticas y exhortaciones públicas, en cuya piadosa tarea consiguió atraer numeroso rebano al aprisco de la Iglesia.

Llegó el tiempo en que Leandro fué colocado en el candelero de la de Sevilla por muerte del arzobispo David, y el asignado Fulgencio se vió dignificado con el carácter sacerdotal que le impuso su mismo hermano, tomándolo à la vez para su coadjutor en el ministerio de la predicacion.

Como se vé la vida del jóven presbítero habia entrado en una nueva fase. No era ya la piedad ociosa la que debia llevarle à buscar las almas para el cielo, era esa misma virtud impuesta por el deber al servicio de su buen deseo; por eso en las horas que le dejaban libres el púlpito y el estudio vémosle correr afanoso tras de aquellas que desertaban de la cristiana grey, y con la elocuencia de su palabra y la afabilidad de su trato ganarles el afecto y con el afecto la voluntad que rendian docilmente à sus amorosas exhortaciones.

Pero donde está su mayor lauro es en la conversion de su sobrino el principe Hermenegildo que gover-